



## “Comunión en el Lugar de Trabajo”

por Norvene Vest

Hermanos y Hermanas en San Benito, Hemanas y Hermanos en Cristo, es un grande placer estar con ustedes hoy aquí. Como he rezado y meditado antes de este encuentro el Salmo 127, se me ha quedado grabado en la mente y en el corazón el versículo 1: “Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los que la edifican”. Es claro que el Señor ha estado trabajando en la construcción de esta “casa” de los oblatos; esta santa tienda que es el movimiento mundial de oblatos que nosotros, aquí presentes, representamos. En 1984, el Congreso de los Abades celebrado en Roma, envió un mensaje a los oblatos de todas partes del mundo, reconociendo su “profundo agradecimiento por el rol que han desempeñado los oblatos” y pidiéndonos de “continuar firmes en el camino (que hemos) escogido; confiando en nuestra vocación Benedictina”. El mensaje observaba que los oblatos se han estado asociando a los monasterios Benedictinos desde hace muchos años y que esperan todavía una continua asociación en años venideros. Con todo, los Abades difícilmente podían haber anticipado el extraordinario crecimiento del movimiento de los oblatos en los últimos veinte años.

### A. El Naciente Movimiento de Oblatos

Oficialmente no existen a disposición estadísticas mundiales; pero el comité organizador de este Congreso reunió información en la cual se reporta que en la actualidad hay al menos 25,000 oblatos. En los Estados Unidos solamente hemos visto un dramático crecimiento en el número de oblatos en los últimos 15 años (Vebeun)\*. En mi propio monasterio, la Abadía San Andrés en Valyermo, California, una comunidad de alrededor 25 monjes, experimentó un aumento en el número de sus oblatos que pasó de 250 en 1985 a más del doble (sobre 500 oblatos) en la actualidad. Me ha sido informado de situaciones semejantes en Inglaterra y Nueva Zelandia, sólo para mencionar dos casos.

Es difícil juzgar con precisión el motivo de este aumento porque fue sólo después del Vaticano II que a las comunidades femeninas se les permitió tener oblatos, y hasta hace poco tiempo algunos monasterios aceptaban solamente sacerdotes oblatos y/o personas de la propia confesión. Lo que sí es evidente es la grande hambre y sed, entre los cristianos laicos de todas partes del mundo, de afiliarse a

---

\* Todas las fuentes son plenamente citadas al final del documento incluyendo el nombre del autor y en algunos casos el número de página del texto.



los monasterios Benedictinos, y la naturaleza del deseo de afiliación es de alguna manera diferente hoy de lo que fue en el pasado. Hoy en día los oblatos buscamos comprometernos a compartir la esencia espiritual de la vida Benedictina.

¿Quiénes somos? ¿Qué tipo de casa es este movimiento del oblato? ¿Qué “está tramando” el Señor con la construcción de esta casa? Cada vez más se va creando la conciencia de que ser oblato es una llamada, “una vocación monástica, pero, no una que deba ser vivida dentro del monasterio, sino más bien una que va vivida fuera de los muros del monasterio” (Kulzer 6) . Los oblatos nos sentimos Benedictinos porque hemos tomado un voto de vivir según la Regla de San Benito, en la medida en que nuestro estado de vida nos lo permite. Deseamos vivir el carisma Benedictino, no como sustitutos de los religiosos, los cuales apreciamos y necesitamos, sino como laicos Cristianos que específicamente se han comprometido a vivir según los valores del Evangelio como una prioridad en sus vidas. Tratamos de hacer espacio en nuestras vidas para la lectio divina, recitar una parte del oficio divino, encontrar regularmente momentos de silencio y de reflexión, y dar la primacía a Cristo sobre todas las cosas. Usando las palabras de Maria Aminti:

“Dios creador del universo está llamando (nos). En nuestro trabajo, nuestros escritos, nuestros quehaceres diarios, de en medio a las cazuelas, mientras reparamos las cerraduras, ... en las cuentas sobregiradas, en las reuniones donde cada uno finge... Dios nos hace regresar a la plenitud de nuestra realidad diaria... porque es ahí donde El desea plantar su tienda, es ahí que El desea estar con nosotros y por nosotros”.

Dios ha estado provocando este extraordinario aumento en el número de oblatos en un momento en el cual la vida monástica convencional parece estar declinando. Es una tendencia que provoca perplejidad porque sugiere que - mientras la forma monástica tradicional no está creciendo en la mayor parte de lugares, el carisma Benedictino sigue siendo un punto de referencia estable y de grande importancia en este tiempo. He reflexionado sobre esta tendencia desde hace varios años, y me parece que Dios necesita, desea y (por esto) está proveendo Benedictinos fuera del monasterio, en todas las partes del mundo donde existe intercambio comercial: en las tiendas y hospitales hay oblatos; en las escuelas y granjas, hay oblatos; en las agencias del gobierno y las juntas corporativas; en los bufetes de abogados y en los campamentos de refugiados; en las plantas de explotación y en los grupos de presión ecologista –en todos estos lugares, donde se toman las decisiones y acciones de importancia mundial estan floreciendo los oblatos. En todas partes donde se efectuan las decisiones cruciales sobre la calidad de la vida en nuestra época –decisiones sobre el medioambiente, la justicia, el correcto uso del dinero, la guerra, la paz– en todos estos lugares y decisiones se encuentran los oblatos, comprometidos con el carisma Benedictino de fidelidad al Evangelio de Cristo.



La imagen que me viene a la mente mientras pensaba a esta acción del Espíritu Santo es aquella de plantar árboles. En los Estados Unidos existe una leyenda de un hombre que llamamos Johnny Appleseed (Juan Semilla de Manzana). Este era un hombre convencido de la necesidad de árboles de manzana; él creía necesario sembrar árboles de manzana dondequiera para proveer sombra, alimento, aire desintoxicado y un buen terreno. Por lo tanto se cargó un saco en la espalda, parecido a la bolsa que cargaban en los hombros los antiguos diáconos que leemos en los Hechos de los Apóstoles para llevar el pan a las viudas y encarcelados (cfr. Hechos 6:1-6). Comenzó entonces a caminar y a plantar semillas. Por días, meses y años caminó por tierras desiertas, y cuando encontraba un buen puesto para plantar lo desherbaba y limpiaba con las manos, plantaba sus semillas de manzana en fila y después le construía una cerca al rededor para proteger el sembrado. Mientras viajaba solo, entabló amistad con los Indios y fue aceptado por los animales salvajes. Al pasar de los años había plantado millones de semillas en el territorio que va desde nuestro Great Lakes (Grandes Lagos) y los más importantes ríos del sur y el oeste, creando una floreciente y fructífera bienvenida a los colonizadores que más tarde habitaron el lugar. Hasta la fecha estamos cosechando de esa munificencia.

Esta imagen de sembrar árboles no es única de los Estados Unidos; pues tiene un poder que sobrepasa los límites nacionales. En Europa, se cuenta la historia de un hombre que “plantó esperanza” desde donde los Alpes comienzan a penetrar hasta llegar a Provenza. Este hombre, Elzeard Bouffier, encontró una zona desolada vecino a un pueblito abandonado de casas en ruinas, una capilla destruida, y un riachuelo seco donde había desaparecido toda forma de vida. Día tras día y año tras año recogía bellotas hasta que juntaba 100 que fueran perfectas y luego las plantaba en una misma zona, antes de pasar a otra. Él sabía que muchas de sus plantas no llegarían a madurar, pero era convencido que la tierra estaba muriendo por falta de árboles. Pacientemente continuó esta tarea durante 40 años, y alrededor de sus árboles naturalmente la vida parecía brotar de nuevo y el campo en la actualidad lo podemos ver rebosante de salud y prosperidad.

Una celebración contemporánea de estas tres imágenes surgió el pasado año con Wangari Muta Maathai, quien por sembrar árboles recibió el Premio Nobel de la Paz. Esta mujer africana, exalumna del Colegio Benedictino Santa Escolástica en Kansas (USA) y en la actualidad miembro del Parlamento de Kenia, fundó el Green Belt Movement, (Movimiento Cadena Verde) y sus grupos de mujeres han plantado más de treinta millones de árboles en Kenia con el fin de contrarrestar la deforestación, crear empleos, proveer una sostenible fuente de leña y -como un subproducto- prevenir guerras y conflictos motivados por los recursos naturales. La tarea de Mathai no ha sido fácil ya que en los tantos años de trabajo antes de gozar de su actual reconocimiento fue arrestada y hasta agredida físicamente. Ella atribuye su resistencia y perseveranza a su profunda espiritualidad según la cual la natura es sagrada.



Estas imágenes de plantación me sugieren lo que Dios está haciendo hoy en día con los oblatos –caminando a lo largo de todos aquellos lugares que necesitan nutrición, lenta y persistentemente, cuidando los espacios que necesitan ser suavizados y protegidos, plantando donde hay necesidad de curar fracturas. Siento que Dios está sembrando y plantando el corazón Benedictino entre los hombres y mujeres que viven y trabajan en lugares sensibles y vulnerables de nuestro mundo actual, enviando los oblatos a llevar justo ahí los valores Benedictinos.

El reto para nosotros que hemos sentido el toque de Dios, la llamada, es de poder preparar un terreno rico y fructuoso para que esa semilla Benedictina produzca treinta, sesenta y hasta el ciento (cfr. Mateo 13:1-23). Podremos nosotros, como dice San Pablo a los Colosenses, citando las palabras de Pablo Aminti esta mañana: “caminar como es digno del Señor, agradándolo en todo, dando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios” (Colosenses 1:10). ¿Debemos nosotros como instrumentos de la palabra de Dios, “realizar el proyecto de Dios y perseverar en el propósito para el cual fuimos enviados?” (cfr. Isaías 55:11).

## **B. La urgencia de la llamada**

Como Cristianos, nosotros creemos en un Dios que actúa en la historia humana. Como oblatos plantados por Dios en tantos lugares de este mundo de negocios, la pregunta que debemos responder es cómo podemos cooperar de una forma más efectiva con la presencia y acción de Dios en la historia. El teólogo Latinoamericano Gustavo Gutiérrez ha señalado de forma extraordinaria que una de las principales responsabilidades de la Iglesia es proclamar y proteger “el dono del Reino de Dios en el corazón de la historia de la humanidad” (11). Gutiérrez entiende esta proclamación como “una actitud clara y crítica respecto a los temas económicos y socio-culturales” en el mundo que nos rodea. Estoy convencida que una poderosa razón del crecimiento en el movimiento de los oblatos Benedictinos no es sólo el hambre de una práctica espiritual más significativa, sino también por la sed que existe de entender con mayor claridad qué cosa está sucediendo en este mundo desconcertante y complejo, y cuál debe ser nuestra respuesta como Cristianos. Creo que la espiritualidad Benedictina nos enseña a formarnos una actitud crítica y clara fundada en la fe y en las tradiciones, que nos permite enfrentar nuestra problemática sociedad de una manera acorde a nuestras prácticas espirituales.

Otras personas en este Congreso podrán presentar de forma más específica algunas de las diversas formas en que el mundo de hoy grita paz y justicia. Pero todos nosotros estamos seguramente al corriente de la línea de amor-muerte hacia la cual el espíritu dominante de nuestra sociedad parece estar presionando. Como Americana, soy dolorosamente consciente de la arrogancia y la violencia que está por debajo de una política exterior que afirma nuestro derecho de declarar guerra preventiva a



otras naciones que casualmente son las mismas que poseen las reservas de petróleo que requiere nuestro consumidor estilo de vida. En el mundo se ha creado un terrible desequilibrio debido a siglos de explotación colonial de los recursos naturales con el único fin de alimentar el desenfrenado afán de lucro y avaricia de las corporaciones multinacionales. La emisión de gases malsanos crea un "greenhouse effect" (efecto invernadero) que amenaza de asfixiar la vida terrestre, mientras la constante falta de agua potable está alcanzando niveles alarmantes en muchas partes del mundo. La plaga contemporánea del SIDA se expande mundialmente a tal punto que el Instituto Worldwatch en el 2002 reportó que el peligro de muerte de una tercera parte de los adultos de Botsuana podría dejar aldeas enteras de niños huérfanos en la próxima década (3).

El punto de esta breve letanía es recordarnos cuán urgente es la misión de los oblatos, llamados a vivir una vida Evangélica en el mundo de hoy y cuánto es difícil construir esta doble actitud de amor y crítica hacia estos problemas.

Este entrecruzarse de temas puede parecer agobiante y de hecho muchas personas se sienten impotentes de frente a ellos. Otros –en número creciente tanto en la parte baja como alta de los Estados Unidos– están continuamente buscando un final apocalíptico de la historia, confiados que serán parte del resto de los salvados. Pero el carisma Benedictino está en contraste con estas dos respuestas. Este crea una forma alternativa de cómo responder a los problemas de hoy, incluyendo elementos tanto prácticos como visionarios para una transformación diaria del mundo. Lo que los religiosos de todas las edades nos han mostrado es que vivir la esencia del Evangelio es un reto a los valores del mundo, un desafío a la opinión que esta cultura tiene de sí misma. Todavía el carisma Benedictino no es ruidoso, no es una espiritualidad de extremos, sino que más bien encarna la moderación y sustenta el estilo de vida diaria que Jesús vivió fielmente en la simplicidad de Nazareth. La santidad es vista en primera instancia, no como una separación del mundo sino como un acercarse a Dios. La fidelidad al Evangelio no se trata tanto de la renuncia al mundo cuanto a la lucha por su transformación.

Las particularidades de la Regla de San Benito proponen la concienciación de que los religiosos llevan consigo el mundo cuando entran en el claustro, por tanto la espiritualidad de la Regla se basa en la disciplina de saber reconocer a Cristo en los inevitables problemas y conflictos de la vida diaria. Con la lectio divina, San Benito, nos enseña a tener un encuentro siempre nuevo con el Dios vivo, a través de la lectura de cualquier verso en un texto familiar; y de esta práctica aprendemos gradualmente a cómo encontrarnos con el Dios vivo una y otra vez en cada pasar de página de nuestra experiencia personal. El alma de la espiritualidad Benedictina para el oblato es este reconocer y seguir a Cristo precisamente



en medio al mundo –tarea que requiere mucho valor, sabiduría y madurez espiritual. Los Benedictinos aprenden a no andar detrás de los vientos mundanos de la moda y a las crisis, sino que más bien buscan dónde es que el Espíritu Santo está obrando –dónde están ya naciendo los pequeños retoños de vida de las semillas de Dios– y unen sus fuerzas y energías ante estos signos de vida, incluso de frente a imperios que desaparecen. Como sabemos, San Benito y Santa Escolástica vivieron al tiempo de la caída del Imperio Romano y hoy conocemos los sólidos y vivificantes resultados de aquella forma de participar y alimentar aquel retoño de vida que Dios les reveló.

De esta manera, si nosotros como oblatos Benedictinos estamos llamados a esta tarea urgente en el mundo, ¿Qué medios necesitamos? ¿Cuál es la mejor forma de aprender del monasterio y sopesar la Regla para adquirir fuerzas en nuestra llamada? En mi opinión creo que existen cuatro elementos cruciales: (1) consciencia del sentido de una llamada; (2) bases de una disciplina espiritual que al mismo tiempo esten basadas en el amor de Dios; (3) ser abiertos a una continua conversión de costumbres; e (4) integrarse unos a otros en la comunidad. Ya he descrito lo que entiendo por sentido de la llamada, por lo que ahora trataremos los tres elementos restantes.

### **C. Bases de una disciplina espiritual**

El segundo elemento crucial de los Benedictinos, el cual da fuerzas a nuestro trabajo es la disciplina espiritual. Mientras rezo con la Regla Benedictina, me quedo maravillada de su habilidad de mantener en tensión dos elementos de la vida Cristiana que usualmente vienen separados: (1) la necesidad de nuestro propio esfuerzo disciplinario –la parte ascética; y (2) la siempre presente realidad de la abundancia del amor de Dios hacia nosotros –la parte mística. Para San Benito, estos dos ingredientes están siempre en íntima relación uno al otro. Nuestra disciplina espiritual es motivada no por el miedo y la culpa, sino más bien por el amor, la alegría y nuestra acogida de la generosa gracia de Dios que hace más profundo nuestro deseo de eliminar todo aquello que nos separa de esta relación de amor. Es una integración extraordinaria y una poderosa fuente para la vida diaria.

No pienso que necesite pasar mucho tiempo a explicar las particularidades de la disciplina espiritual Benedictina, ya que todos estamos bien familiarizados con la Regla: la oración diaria y las Escrituras; la esencial relación entre silencio, descanso de las actividades, recreación y un nutrimento regular del cuerpo, la mente y el espíritu; simplificación de la vida con respecto al uso de las cosas materiales, el tiempo, la atención; y ofrir todas las cosas a Dios con confianza. Nosotros nos apoyamos especialmente del monasterio para que nos provean con espacios sabáticos donde podamos renovar nuestro compromiso con estas prácticas fundamentales y ser acogidos con corazones bien dispuestos a



escuchar y a rezar. Después de un período de formación como oblato, no es que nosotros desconozcamos la necesidad de un ritmo de práctica espiritual, sino que más bien necesitamos siempre la humildad de estar dispuestos a recomenzar con lo que ya habíamos olvidado.

Será nuestra fidelidad a las prácticas espirituales que formarán la estabilidad de nuestra continua conversión para que sea fructífera. Por lo tanto tratemos ahora el tema de la continua conversión de costumbres.

#### D. Conversatio Morum Suorum

La fuerte capacidad de testimoniar y desafiar el mundo de hoy es el misterioso empeño expreso en la Regla como *conversatio morum suorum* (RB 58:17), Un término poco usual en Latín que viene muchas veces traducido (en inglés) como "faithfulness to monastic life" "fidelidad a la vida monástica"\*. Yo lo entiendo como la oferta de mí misma a un proceso continuo de conversión interior. Con esta promesa expresamos la disposición diaria de abandonar nuestras preciosas ideas y proyectos para abrirnos a la posibilidad de que Dios nos sorprenda con algo nunca antes inimaginado. *Conversatio* es una forma de expresar la necesidad de morir diariamente a sí mismo para poder renacer en Cristo. La Benedictina Americana Mary Forman la describe como la disciplina "de desconocer lo que uno cree que conoce, para ser abrazados por una sorpresa del divino que uno no ha podido anticipar" (2) .

Cuando insistimos en controlar las cosas, en mantener los asuntos en un cierto orden familiar y a nuestro cómodo, el posible resultado lo limitamos hasta donde alcanza la nuestra imaginación. Los grandes temas de nuestro tiempo requieren algo más novedoso, mucho más allá de los modelos existentes; más allá de las perspectivas que hemos siempre mantenido. Nos damos cuenta que nuestra sociedad está temblando por la anticipación de grandes cambios; cambios que sin dudas incluyen la pérdida de muchas de las cosas que hemos conocido y amado, pero que todavía incluirán también el poderoso proyecto del Dios de la vida. Como oblatos empeñados en todas las dimensiones de la realidad del mundo, nosotros buscamos como preferir a Cristo mientras somos privados de nuestro modo familiar de estar en el mundo.

Las pérdidas que trae consigo esta continua conversión son dolorosas. Aprendemos a abandonar la búsqueda de seguridades e incluso la coherencia, reconocemos nuestras propias partes oscuras y aquellas de la nuestra cultura, aceptando nuestras distorsiones, desventajas y obstáculos. Sólo

---

\* **Nota del traductor:** En castellano la traducción comúnmente aceptada es "conversión de costumbres". Cfr. La Regla de San Benito, de García M.Colombás; BAC, Madrid 1993, segunda edición.





cuando experimentamos el dolor de pérdidas necesarias somos verdaderamente libres de abrirnos a la novedad que Dios ofrece. Y con esta libertad, unida a la percepción que se ha hecho más profunda gracias a una seria práctica de oración, aprendemos a examinar el lugar donde estamos de forma realista, por lo que podemos leer con mayor claridad las señales de nuestro tiempo, sin tratar con esto de minimizar ni de exagerar su importancia (Ishpriya 4). Una seria práctica de oración podrá también gradualmente intensificar nuestra confianza que en verdad es el Dios vivo que preside esta clara confusión, trayendo de ahí un modelo que a nosotros resulta invisible. La oración aumenta nuestra consciencia de que todo en la creación existe porque es continuamente deseado por el único Dios, y por esto aprendemos a vivir con seguridad en continua conversión.

Mirando en retrospectiva, podemos ver la gran sabiduría de selección que hicieron San Benito y Santa Escolástica para crear una nueva forma de vida en medio a cambios radicales. En nuestra época, nuestra visión es menos clara, pero podemos seguirlos sabiendo que tenemos en ellos una guía confiable y segura para vivir el Evangelio. A través de la espiritualidad Benedictina aprendemos una visión distinta de la que nos enseñan los centros del poder y los medios de comunicación. Punto central en la mentalidad Benedictina, para mí, es el deseo de estar al margen; de abandonar la idea mundana del éxito. El éxito según Dios, puede resultar muy distinto a como nosotros pensamos. Con frecuencia recuerdo la visión que tuvo San Benito, casi al final de su vida, en la que preveía la destrucción de su amado monasterio de Monte Casino: ¡Oh, consideremos tantos años de amor y trabajo para la construcción de esa comunidad! ¡¿Cómo se habrá sentido al ver que probablemente todo sería perdido?! Y todavía si los Monjes de San Benito no habrían tenido la necesidad de escapar de Monte Casino hacia Roma, la Regla no habría llegado nunca a las manos del Papa Gregorio, no habrían tenido la oportunidad de ver su preciosa Regla diseminada en monasterios por toda Europa. Igualmente pienso que nuestro compromiso de conversión continua del corazón exige que nos destetemos inclusive de los frutos de nuestros más serios oficios y hasta de los evidentes patrones de éxito que nos rodean. Quizás la *conversatio* nos invita a seguir los pasos de otro famoso hijo de Italia, Dante Alighieri, mientras despertamos con la “foresta oscura” a nuestro alrededor, reconocemos nuestra necesidad de una guía mientras descendemos a un aparente infierno, abandonando todas las esperanzas que nacen de las “certezas” ilusorias acerca del mundo (*La Divina Comedia*).

¿Cómo entonces puede ayudarnos la continua conversión del corazón a comprometernos con la acción de Dios en la historia? Para responder a esta pregunta, permítanme extraer de las reflexiones del teólogo Bernard Lonergan aparecidas en un pequeño artículo titulado “Sanando y Creando en la Historia”. Meditando sobre las corporaciones multinacionales cuyas pólizas pueden crear desastres mundiales, Lonergan se pregunta ¿Porqué se les permite actuar? El propone que debemos ver tanto que





las corporaciones multinacionales operen bajo los principios aceptables existentes que han modelado nuestra economía y nuestra sociedad desde hace siglos como la insuficiencia de esos principios. Sin embargo, un nuevo sistema necesario para la supervivencia colectiva no existe. A este punto la oferta de Lonergan es una oportunidad. “Cuando la supervivencia requiere un sistema que es inexistente, entonces es patente la necesidad de crearlo” ( 59). La tarea creativa es aquella de encontrar respuestas a través de las múltiples señales que se manifiestan lentamente con el pasar del tiempo.

En todo proceso creativo, el flujo de ideas frescas nacen de una minoría creativa que gradualmente gana la aceptación de la mayoría. Ideas nuevas que nacen de interrogantes y situaciones concretas. Estas surgen solamente si las personas se liberan de los prejuicios y mantienen una mente abierta. Creo que Lonergan está hablando aquí de lo que nosotros Benedictinos conocemos como continua conversión del corazón. Cuando nos afrontamos cada día con personas verdaderamente abiertas de mente y de corazón, nos preparamos a recibir ideas creativas que responden a situaciones concretas, incluso mientras contribuimos a una mayor energía moviéndonos hacia un “nuevo sistema necesario para la supervivencia colectiva”.

Lonergan opina que el desarrollo humano se divide en dos partes: ‘la actividad creativa’ que ocurre de abajo hacia arriba, con experiencias de un mayor entendimiento, juicio y finalmente acciones fructíferas; y ‘la actividad curativa’ que ocurre de arriba hacia abajo, donde el “amor divino orienta (el ser humano) en el cosmos y se expresa con (su) adoración” (63). Es precisamente esta acción curativa del alto que nos permite genuinamente acoger el otro en vez de montar una defensa contra “el extraño”, justamente porque el curar rompe la cadena del odio. Sin embargo así como la creatividad necesita de la energía espiritual de la curación, igualmente la cura necesita la incorporación de la creatividad; las dos juntas, a su vez, son necesarias para alcanzar la plenitud tanto de los pueblos como del individuo. Creo que a este punto Lonergan nos hace regresar a nuestra primera imagen del sembrador de semillas: nosotros, los oblatos, somos esa “semilla” y no podemos ni siquiera comenzar nuestro crecimiento hasta que no seamos plantados por Dios; pero Dios necesita la plenitud de nuestra creatividad y nuestra respuesta imparcial para poder completar su proyecto divino de plantarnos al centro de la historia.

He esbozado estas ideas con algunos particulares porque es fácil desanimarse cuando nos confrontamos directamente con los problemas que conocemos, sintiendo tal vez que lo que podemos hacer es poquísimo de frente a las necesidades existentes. Y todavía cada modelo de renovación que he conocido enfatiza que la salud social debe venir de abajo hacia arriba, fruto de la participación de las personas comprometidas en las situaciones concretas que necesitan reconciliación. La forma antigua



de organizarse en base a la fuerza de voluntad en vez de por la generosidad; o por el dominio de los líderes humanos en vez de por el incremento gradual de la participación y de la interrelación por medio de sistemas u organismos –este viejo método ya no nos sirve, porque sus mismas estructuras contienen elementos que están causando el colapso, desde el interno, de muchísimas organizaciones en la sociedad moderna.

Recordemos que la *conversatio* de San Benito está siempre orientada a la concientización de la presencia de Cristo entre nosotros, una presencia de Cristo que desea reconciliar el mundo con Dios. En cada acto de conversión interior, nos unimos a Cristo cooperando para que todas las cosas sean lo que deben ser en la plenitud del Cristo Cósmico. San Benito insinúa que esto sucede de forma segura pero lenta, ¡A un ritmo constante en la fidelidad de la cotidianidad! Es aquí donde encontramos la fuerza y la esencia de la espiritualidad Benedictina para los oblatos.

## **E. Comunidad**

La Comunidad Benedictina –último elemento de mi exposición– ofrece la fuerza necesaria para el urgente trabajo que se ha de realizar en el mundo. La Regla de San Benito llama a aquellos que viven en una comunidad “el fortísimo género”, tal vez porque la vida comunitaria es fortificante. Columba Stewart, Benedictina Americana señala que para San Benito “comunidad no (es) simplemente el lugar donde buscamos a Dios, sino sus medios vitales” (15). El tipo de comunidad a la cual me quiero referir no es la comunidad en sentido amplio a través de la cual un oblato se conecta al monasterio, sino más bien a un pequeño segmento de la grande comunidad –tal vez aquellos que San Benito llama decanos (RB 21). Mi preocupación es por un pequeño grupo: comunidad de oblatos, ayudados y guiados por religiosos en una intensa y particular formación recíproca en la que cada oblato manifiesta su vocación personal de ser una presencia Benedictina en su lugar de trabajo. La primera interrelación es entre los mismos oblatos en busca de ideas e intercambio de conocimientos. Muchas veces se da el caso que los oblatos dependen demasiado de los religiosos para su formación inicial –lo que en nuestra experiencia ha sido motivo de fuerte vínculo de reverencia y respeto hacia la sabiduría monástica– pero a su vez esto no nos ha permitido interesarnos y escucharnos suficientemente entre nosotros. Quizás no hemos sabido simplemente iniciar una conversación sobre los verdaderos desafíos y la vulnerabilidad que implica tratar de integrar nuestra fe con nuestro trabajo. Por la razón que sea, es un hecho que como oblatos no entablamos con la frecuencia necesaria discusiones sobre las serias y empeñosas actividades de las Comunidades Cristianas. Sin embargo, estoy convencida que sin el efecto fortificador de esta pequeña y centrada experiencia comunitaria, somos seriamente limitados en nuestra capacidad de realizar el trabajo para el cual somos llamados.



La comunidad oblativa es una vía para nosotros explorar diversas opciones en nuestra vocación y otros escenarios, para identificar estrategias y obtener respaldo con la oración de parte de aquellos que condiden nuestro compromiso. La llamada del oblato que he descrito anteriormente es un terreno vasto e inexplorado –la llamada a ser la semilla de vida de Dios entre las innumerables ocupaciones de nuestro mundo. Cada uno de nosotros encuentra su camino paso a paso, mientras intentamos comprender el porqué de la división en nuestro específico lugar de trabajo, ir detrás de los métodos que Dios está ya usando para dar nueva vida, e identificar las oportunidades concretas que permiten meter en juego nuevas ideas. Nuestra capacidad de autoridad durante la formación vocacional varía grandemente y por supuesto determina también la naturaleza de oportunidades que podemos generar para una total integración; pero estoy convencida que la autoridad de Cristo nos da mucho más firmeza de cuanto normalmente creemos tener. Activar nuestra autoridad personal en el marco de nuestro trabajo, hace más difícil la autoridad de transformación porque nunca podremos estar completamente seguros de la propia evaluación, por lo que con frecuencia experimentamos vulnerabilidad y riesgo en el esfuerzo de vivir nuestros valores sagrados en un lugar de trabajo que parece ser determinadamente secularizado. Frecuentemente se nos dice directa o indirectamente que “levantar las olas” es peligroso. Pero tomar seriamente nuestra llamada a la oblación significa que cuando se presentan esas ocasiones en que estamos siendo “programados” al miedo, tomamos la deliberada decisión de no asustarnos y más bien considerar lo que haremos: en la situación concreta, cómo defenderemos nuestras convicciones y qué cosa nos dará fuerzas en caso que seamos agredidos verbalmente o se tomen abiertamente represalias. Esta es una tarea muy difícil, sin embargo mi experiencia es que una pequeña comunidad de oblatos es excepcionalmente ideal para ayudarnos a elaborar ideas concretas que se pueden encarnar efectivamente en nuestro trabajo.

Específicamente ¿Cómo puede un pequeño grupo de oblatos constituirse por sí mismo en una comunidad Cristiana Benedictina? Me imagino un grupo cualquiera de cuatro a diez personas que se reúnen cada dos o cuatro semanas por varias horas. El encuentro comienza con un momento de silencio o con una oración para entrar en recogimiento sobre el motivo que los reúne: porque están reunidos en Cristo. Se podría hacer una breve presentación en la que cada uno saluda y dice como le van las cosas. Después de la presentación, la comunidad comparte un momento de lectio divina revelando particularmente cómo Dios se está manifestando a cada uno a través de la lectura y qué cosa le dice al propio ministerio. La mayor parte del tiempo del encuentro es dedicado al intercambio mientras cada miembro del grupo habla de su vida enfocándose especialmente en asuntos vocacionales. El tiempo de participación puede ser repartido en forma igualitaria a menos que un miembro pida un tiempo mayor para tratar un tema particular. El tema es siempre lo que Dios está llamando a ser o a realizar a cada persona en el preciso lugar que se le ha dado, aquí y ahora. Una persona podría optar



por hablar del conflicto entre los valores fundamentales de la fe y de su trabajo, mientras que la comunidad lo podría ayudar a explorar la posible existencia de alguna forma en que estos dos valores puedan ser integrados o identificar una o dos alternativas que puedan aportar una perspectiva diferente a la definición del trabajo. Muchas organizaciones en la actualidad están buscando como integrar visiones y valores como alternativa para mejorar el ambiente de trabajo; dando al empleado la posibilidad de encontrar una mayor franqueza de lo que pensaba en su empresa. Otra persona podrá presentar las dificultades encontradas en la reunión anterior, mientras la comunidad le ayudará a examinar algunas medidas de cómo manejar dicha dificultad. El rol de la comunidad de dar respuestas no mira esencialmente a dar consejos, sino que se trata de prestar oídos a la persona en cuestión y estar atentos a cómo y dónde el Espíritu de Cristo está guiando su vida. De todos modos, una parte importante de este meter en común puede incluir referencias de experiencias personales en situaciones similares, cuidando de hablar siempre en primera persona para no presumir de querer imponer cómo “deben” ser las cosas o intentar de “arreglar” los asuntos de los demás. Son esenciales la confidencialidad y el respeto recíproco, ya estamos convencidos que es la presencia del Espíritu Santo que aporta nuevas sugerencias a los buscadores de oraciones. Al final del aporte de cada persona el grupo puede cuestionarse sobre cómo pueden apoyar y ayudar eficazmente. La meta es desarrollar en cada miembro una creciente actitud clara y crítica fundada en la fe y la tradición, lo que les permite ser agentes de Cristo en acción en el pequeño segmento del mundo que es el propio ambiente de trabajo. De todas formas la comunidad reunida está en búsqueda de la reconciliación con la voluntad de Dios en ese momento y en ese lugar intentando ayudar a identificar lo que la persona puede hacer para anunciar el poder sanador de Cristo en esa situación. La reunión se concluye en oración, primero rezando por cada miembro, reconociendo que Dios nos da siempre la fuerza en los momentos de necesidad, y luego se cierra con un pequeño extracto de la liturgia del día apropiado al momento.

¿Cuál es la naturaleza de una comunidad Benedictina en la cual se revela este tipo de oblatos? Consideremos algunas cualidades esenciales de la comunidad Cristiana que deseamos manifestar en nuestro pequeño grupo de oblatos; cualidades que caracterizan en particular las comunidades Benedictinas. Evidencio cinco de estas cualidades: (1) la necesidad de un equilibrio entre la soledad y el compañerismo; (2) dar espacio a la comunidad para superar los conflictos; (3) decisión consciente y constante de se parte de una comunidad Benedictina; (4) la disponibilidad a vivir con los imprevistos; y (5) estar centrado en Cristo.

El primer elemento se trata del balance del tiempo para estar juntos y solos que debemos tener, del mismo modo que nuestro Señor Jesús buscaba un momento de soledad después de una activa agenda comunitaria. Tiempo de tranquilidad, soledad y de un periódico y honesto diálogo con un consejero



espiritual nos ayuda a conocernos mejor; a saber cuándo estamos cargando con amarguras del pasado o con agitación emocional; nos ayuda también a enfrentar la raíz de conflictos internos –en pocas palabras, a educar nuestras emociones al fin que podamos participar libremente en nuestras reuniones. Un auténtico diálogo en comunidad nos mete también cara a cara con la concreta diversidad del otro, cuyas ideas o puntos de vista amenazan nuestra comodidad, lo que nos ayuda a salir de nosotros mismos exprimiendo una mayor compasión. La interacción en comunidad es una maravillosa vía para hacernos salir delicadamente de nuestro modo de ser y para darnos así la oportunidad de una continua conversión.

Por este motivo se necesita un segundo tipo de comunidad, donde se dé espacio a la comunidad para superar los conflictos. Si vivimos juntos en una comunidad donde nunca se permite que salgan a relucir los conflictos, probablemente estaremos viviendo en aquel nivel puramente superficial mencionado por Aminti en el paso que ya hemos citado “reuniones donde cada uno finge...”. Ser comunidad requiere que nos comuniquemos a un nivel de vulnerabilidad, en un ambiente de respeto mutuo, deseando explorar seriamente el origen del conflicto para poder abrirnos a un profundo nivel de entendimiento de cómo Cristo es presente en el mundo. El compartir respetuosamente un conflicto es un modo maravilloso de experimentar el nacimiento de algo nuevo, tal vez –usando las palabras de Lonergan “la energía de un nuevo sistema necesario para nuestra supervivencia colectiva”. Pero para que un conflicto tenga estos resultados, no podemos escaparlos. Ser Comunidad exige que nos agarremos uno al otro cuando se está de acuerdo o en desacuerdo, permitiendo que los conflictos sean portadores de nueva vida para nosotros.

Una tercera cualidad de comunidad Benedictina es una que sea de decisión consciente y constante, que se puede traducir como nuestra promesa de estabilidad. Al unírnos con sinceridad a una comunidad, consentimos de abandonar nuestro derecho de exclusividad en determinar cómo deben ser las cosas; renunciamos a un poco de nuestra libertad, confiándonos a otras personas con empeño e intención consciente al pasar del tiempo, sabiendo que no todos pueden estar al control y que cada uno a su tiempo enfrentará el reto. Esta es la necesaria reafirmación diaria de cualquier compromiso que sea para toda la vida, una opción para otros y que nosotros tomamos como Cristianos Benedictinos porque creemos que nuestra santidad depende de la calidad de nuestras relaciones con los demás. Comunidad no es realmente una opción para nuestra alma; es más bien un ingrediente primario de nuestra vida en Cristo. Nosotros creemos que el poder curativo de Dios penetra en nuestra vida común, por lo que hasta los cambios y fracasos dolorosos se convierten en provechosas fuentes de nueva vida.

Esta renovada decisión diaria está íntimamente conectada a la confianza que implica el cuarto elemento de comunidad, el cual es la disponibilidad a vivir con los imprevistos. Hace poco hablamos de la



importancia de de la conversión como un abandono diario de nuestras preciosas ideas y proyectos a la posibilidad de que Dios nos sorprenda con algo nunca antes imaginado. La hermana conferenciante y contemplativa Ishparya nos insta a adoptar una visión global que enfatiza el rol del caos en la creación, renunciando a nuestras “ilusiones sobre las posibilidades de ajustar las cosas”, dependiendo en cambio de “aquellos que son capaces de navegar en el aparente caos para que lo hagan sin restricciones y con la máxima confianza” (2). En todo este trayecto buscamos la dirección divina porque sabemos de necesitar algo que nos trascienda, para poder vivir en plenitud. Con el pasar del tiempo y a través de los demás, aprendemos lentamente a conocer que Dios está obrando continuamente en una forma que todavía no conocemos y delante a la cual podemos solamente esperar con humildad y atención.

Finalmente, una comunidad Benedictina es centrada en la comprensión que Cristo mora en medio a la comunidad, tanto como en el corazón de cada individuo. La Cristo-energía es presente cada vez que un grupo se reúne con fe, y esta energía con frecuencia aporta una nueva visión o entendimiento, posible solamente donde hay una plena participación de todos los presentes. Recordemos que Jesús nos dijo: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré” (Juan 16:7). Por lo tanto nuestra comunidad sea siempre fundada en esta expectativa de la presencia del Espíritu de Cristo entre nosotros, listos para iniciar una forma de curación y creatividad nunca antes vista.

En resumen, estas cinco cualidades son esenciales para la comunidad – (1) equilibrio entre la soledad y el compañerismo; (2) dar espacio a la comunidad para superar los conflictos; (3) decisión consciente y constante de se parte de la comunidad; (4) la disponibilidad a vivir con los imprevistos; y (5) estar centrado en Cristo. Estas cualidades, enseñadas y practicadas por los Benedictinos a través de los siglos, tiene el poder de fortalecernos para nuestra obra como oblatos en un mundo desesperadamente necesitado; ellos pueden también sostener y participar en la creación de un mundo más amplio. Tal vez habrán notado, mientras describía cómo puede funcionar una pequeña e intencionada comunidad de oblatos, que existe un marcado paralelismo entre la vida de una pequeña comunidad y la naturaleza del trabajo que estamos llamados a realizar en el mundo. Yo no creo que sea una casualidad que la comunidad Cristiana sea en sí misma un microcosmo de la grande realidad que deseamos transformar. Cuando nos sentimos curados de viejas heridas, capaces de trascender lo que creíamos limitaciones, extendiendo nuestra compasión donde parece que gobierna el miedo y la destrucción – entonces habremos comenzado, en verdad, a practicar aquella transformación del mundo a la cual estamos llamados como oblatos.



## Fuentes Citadas

- Aminti, Maria. "Reflections on the Prologue to St. Benedict's *Rule*." Florence, Italy: personal communication, 2001.
- Forman, Mary OSB. "Reflections on Encounters of a Mystery-ous Kind." *American Monastic Newsletter* 23.2 (1998): 2.
- Gutierrez, Gustavo. *A Theology of Liberation: History, Politics and Salvation*. Trans. Sr. Caridad Inda and John Eagleson. Maryknoll, NY: Orbis Books, 1973.
- Institute, The Worldwatch. *State of the World 2002: A Worldwatch Institute Report on Progress Toward a Sustainable Society*. New York: W.W. Norton & Company, 2002.
- Ishpriya, Mataji. "No More Sea." *The Way*. October 1995 (1995).
- Kulzer, Linda OSB, and Roberta Bondi, ed. *Benedict in the World: Portraits of Monastic Oblates*. Collegeville, MN: The Liturgical Press, 2002.
- Lonergan, Bernard. *Healing and Creating in History*. Thomas More Institute Papers. Ed. R. Eric O'Connor. Montreal: Thomas More Institute for Adult Education, 1975.
- Stewart, Columba OSB. *Prayer and Community: The Benedictine Tradition*. Maryknoll, NY: Orbis Books, 1998.
- Veblun, Edward, OSB. "Benedictine Oblates: Models of Sustained Spiritual Growth?" *American Monastic Newsletter* 34.1 (2004): 4 pages.

### **Nota a los traductores:**

He usado intencionadamente un lenguaje inclusivo, por lo tanto, asegúrense por favor de traducir la palabra "monastic" de forma tal que incluya tanto el masculino como el femenino; igualmente el uso de pronombres para referirse a Dios sean libres de género.

Gracias.